

# REVISTA LITERARIA

## DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

### El Ermitaño.

(CONTINUACION.)

Esta no tardó mucho en volver á su casa, y reuniendo á sus criados otra vez en ella, esperaba con ansia la vuelta de su padre, pasando los dias enteros en una completa soledad, porque yo mismo me habia impuesto la obligacion de no ir á visitarla, creyendo este partido el mas prudente. ¡Vana precaucion! La reputacion de aquella angelical criatura se vió ajada en boca de los del partido opuesto á su familia, y cuando el autor de sus dias llegó á su casa mil calumniosas especies llegaron á sus oidos en que Maria y yo éramos desconceptuados. Acabando esta circunstancia de exaltar su odio contra mi, le hizo tambien irritarse contra su propia hija en términos de hacerle sufrir los mas crueles tratamientos.»

«Mucho tiempo duraron las cosas en tal estado, hallándome yo perplejo sobre el partido que deberia tomar y que no comprometiese á la infeliz doncella, victima de la combinacion de tantos sucesos, cuando recibí una estrechísima orden para incorporarme á mi regimiento. Al dia siguiente sali del pueblo sin haber tenido espacio ni medio de hacer otra cosa que dejar por escrito la expresion de mis sentimientos y el deseo de reparar en lo posible las desgracias ocurridas, dando mi mano á toda costa á la que sufría sola todo el peso de ellas; y cerrado este pliego comisionar á la misma viuda en cuya casa habia estado Maria para que se le entregase.»

«Al llegar á mi cuerpo supe con estrañeza que en diferentes avisos anónimos se me habia calumniado con mis gefes pintándome como un malvado, haciendo sospechosas mis opiniones politicas, desfigurando algunos hechos y suponiendo otros. Ya conoceréis como yo penetré desde luego el origen de esta mi-

serable máquina, que no me faltó valor de despreciar, ni tuvo efecto alguno, merced á lo bien sentada que yo tenia mi opinion. En esta época fue, amigo mio, cuando yo te escribí refiriéndote una parte de mis penas: te dije la absoluta ignorancia en que estaba de la suerte de Maria, y me lamentaba de que mi obligacion me hacia imposible el ir por mi mismo á adquirir noticias de su existencia. Pues bien, apenas emprendiste tu viage para la Habana, cuando hallándome en Cataluña recibí una larga carta en que me referia la mayor parte de las ocurrencias que yo ignoraba. En ella decia que despues de largo padecer y sufrimientos se la habia querido obligar por último á un enlace que su corazon repugnaba; pero que su resistencia habia sido probablemente inútil, á no haberle acometido una enfermedad agudísima y peligrosa, en cuya convalecencia se hallaba, y que su padre solo aguardaba á verla restablecida enteramente para llevar á cabo sus proyectos.»

«Figuraos, señores, cual seria la impresion que me hicieron estas noticias. Atropellando por todo y venciendo mil dificultades me puse en camino para tratar de evitar el sacrificio de la infeliz Maria. A mi llegada á Madrid fue justamente cuando el gobierno salió para Sevilla, la agitacion de los ánimos, la efervescencia general que produjeron aquellos acontecimientos, unidas al desorden de mi espíritu y al combate que mil encontrados afectos producian en mi corazon, hubieran hecho estos dias para mi los mas amargos de mi vida, si un Dios poderoso y justo no me hubiera reservado penas mayores todavía. Hallábame perplejo sobre el partido que debia tomar: por un lado me parecia poco honroso estar separado de mis filas en momentos de crisis; por otro consideraba á Maria sacrificada cruelmente, entregada á un hombre aborrecible, é infeliz por toda su vida. En esta alternativa me decidí al fin á apresurar mi marcha y dar cima á mis proyectos para volver despues prontamente á donde la obligacion me

llamaba. Lleno de este pensamiento paré para Andalucía, y según me había propuesto me detuve en un pueblo inmediato para avisar desde allí á Maria y que obrásemos de acuerdo. A éste efecto comisioné una persona segura que le llevase una carta mia, á la cual me contestó que de allí á tres dias se había de celebrar su boda. Esta noticia produjo en mi el efecto de una chispa eléctrica, é inflamando de repente mi ya arraigada pasión perturbó mi razón y mis sentidos.»

(Se concluirá.)

## LA CAUTIVIDAD.

¿Qué me importa, mi vida, vivir entre cadenas,  
y solo horribles muros y cárceles mirar,  
si los latidos tiernos del corazón amante  
ni grillos ni cadenas me pueden arrancar?

¿Qué importa que los hombres vedaran á mis ojos  
del cielo y de sus astros el vivo resplandor,  
si miro bajo el peso de grillos y de hierros  
entre ilusiones bellas tu rostro encantador?

¿Si siempre en noche oscura mi vida se desliza,  
contando los minutos, las horas que se van,  
y viendo que estas horas á ti me acercan rápidas,  
á ti, querido objeto de mi constante afán?

¿Si miro en estas piedras de cárcel solitaria  
altares levantados á tu constante amor,  
y escucho de tus labios los ecos melodiosos  
y libo ardiente en ellos un beso abrasador?

¿Si en esta triste estancia no envidio de los hombres  
ni régios pavimentos, ni techos de marfil,  
ni envidio la fragancia, ni los amores puros  
que escalan al ambiente las flores del pensil?

¿Si no pueden tiranos robarte de mi mente,  
si no pueden quitarme mi ardiente corazón,  
qué importa que los hombres mi cuerpo fatigaran,  
qué importa que mis brazos sugete un eslabón?

¿Mas qué tristes gemidos conducenme los vientos?  
en pos de tus suspiros te escucho sollozar,  
¡ay! no llores, mi hermosa, tu llanto de amargura  
no hay nada en este mundo que pueda compensar.

Que caigan esas perlas que manan de tus ojos,  
que caigan en mi triste, marchito corazón;  
bebiendo yo esas lágrimas que abrasan tu mejilla  
en el furor ardiente de mi inmortal pasión.

Si llores, vida mia, á triste noche oscura  
el mundo reducido, por siempre quedará,  
tus ojos le dan luce al sol resplandeciente  
y la luz de tus ojos al sol le faltará.

Si llores, mi gacela, vendrán con sus cendales  
los ángeles del cielo tu llanto á recoger,  
yo solo llorar debo con lágrimas de sangre,  
yo solo desdichado, nacido á padecer.

Mas dí: ¿quien á los hombres le ha dado ese derecho  
de privar á otros hombres de vida y libertad?  
¿por qué oprimen mis miembros con hierros y cadenas  
coartandome despóticos mi libre voluntad?

¿Por qué niegan que vengas á mis amantes brazos  
para endulzar mis horas de horrendo padecer,  
al lóbrego recinto dó el alma se estremece;  
por qué niegan que vengas, angélica muger?

Ya en esta triste cárcel me falta el aire puro,  
y no puedo amoroso tus lágrimas calmar,  
que lucho con los grillos que pesan á mis miembros  
y en vano en mi delirio los quiero destrozar.

Inútil es mi esfuerzo, ya es vana mi esperanza,  
nacimos condenados para llorar sin fin;  
en tanto en los salones de espléndido palacio  
los grandes se solazan en báquico festín!

Ese es, muger, el mundo.... ¡verdugos de la tierra!  
á aquel que nació libre dejadlo en libertad;  
si son estas las glorias que el mundo nos regala....  
maldita seas por siempre, tirana sociedad.

Yo quiero vivir libre con pobres y mendigos,  
comiendo en turba hambrienta mezquino y negro pan,  
y si palacios faltan para el que nada ostenta  
tendremos por palacios un horrible desvan.

Yo quiero estar contigo, dulcísima gacela,  
aislado de ese mundo que brinda protección,  
en medio de los campos, en chozas de pastores,  
do no hay perjuros hombres de falso corazón.

No llores... deja al mundo que siga en su carrera  
y venga á asesinarme cual buitre vengador;  
podrá cortar mi vida, podrá romper mi pecho...  
¿mas quien podrá quitarme la imagen de mi amor?

Ecsálame un suspiro, los ecos melodiosos  
de tus acentos dulces que lleguen hasta mi,  
y cuando triste lllore lanzando el ¡ay! de muerte....  
recógelo, mi vida, lo ecsálc para ti.

Sevilla 17 de Febrero de 1845.

I. GARCIA A. DE L.

## UNA CITA.

I.

El primero de diciembre de 1783 paseaban  
dos jóvenes por los claustros del colegio militar de  
Brienne.

Caminaban lentamente, y con los ojos fijos en

el suelo, de manera que un observador hubiera encontrado analogía en sus rostros tétricos y meditabundos, con el cielo pardusco y lúgubre que á la sazón cubría el norte de la Francia.

El uno vestía la casaca, peculiar entonces de los que solo estudiaban las matemáticas para emprender el comercio, y el otro ceñía con brio y gentileza el ropaje militar.

Pero si su vestido no indicaba otra cosa que un pobre colegial de Brienne, su rostro tenía cierta expresión magnética que involuntariamente hacia producir profundas sensaciones.

Sus ojos, de un brillo extraordinario, revelaban la supremacía irresistible del genio; de ese destello que Dios imprime en las cabezas privilegiadas.

—¡Dentro de una hora! Esclamó á su interlocutor, dentro de una hora nos habremos separado.

—Si, dentro de una hora, es preciso separarnos. Tú partes para la guerra, en donde tus prendas te darán un honroso puesto, y yo voy á hacer la travesía á la Zona Tórrida, para que al cabo de cuatro ó cinco años de trabajos me llamen negociante ó usurero. Hé aqui nuestro destino.

—¡Un honroso puesto! esclamó el jóven militar, como si aquella idea exclusiva en su pensamiento, le despertase amargos recuerdos! un honroso puesto! Es imposible. El pobre colegial de Brienne no podrá distinguirse en medio de esos mariscales orgullosos, que miran para despreciar, y hablan para hacerse obedecer.

—¡Siempre la misma idea! Mi querido amigo. ¡Siempre la misma!

Cinco años hace que tuve el placer de conocerte, desde luego te distinguí entre todos, y te llamé mi amigo; porque me parecías virtuoso, y de un excelente corazón.

Mil veces contemplé tu magestuosa frente llena de los laureles que Dios destina para el bueno, y mil veces sentí los latidos del gozo, recompensa de una pura amistad.

Tú entonces sonreías; pero ¡ah! un espíritu melancólico venía repentinamente á palidecer tus sonrosadas mejillas; como el genio del dolor arranca el carmin del pudor á una bella virgen, la mia se helaba en los labios, y vertía lágrimas de amargura; ¡ah! lágrimas, caro amigo, yo las he visto correr, y al par se han desprendido también de mis ojos.

¿Cual es tu pesar? Jamás me dijiste ¡yo padezco! No sabes cuanto poder tiene esta palabra en el corazón de un amigo.

Causaban tu dolor los recuerdos de tu pobre cuna. ¡Sientes no haber nacido en los ricos salones de un palacio!

—No, jamás, detesto á los nobles. Si hubiera nacido Rey, entregaría mi corona al pueblo.

Yo he llorado, si, dulce amigo, he padecido, y aun padezco, estrecha esa mano contra el ulcerado corazón. No ves cual late! Pues bien, ahora voy á contarte las causas de mis padecimientos.

Yo ambiciono. Me atreveré á decirlo? Yo ambiciono.

No el oro vil que el mundo aprecia. No los

blasones de cien abuelos. Lo primero indica vileza, lo segundo necesidad.

Yo quiero el nombre de los buenos. la corona del genio, y el trono del vencedor,... Hé aqui el objeto de mi ambición.

Si yo fuera un Alejandro reflexiono mil veces, si mi espada estuviera cubierta con la sangre de un millon de enemigos, y mi cabeza con los laureles de cien batallas.... ¡Ah! entonces tendria orgullo de haber nacido, y miraria con desprecio á esos déspotas que se apellidan nobles, y que han profanado los timbres de sus abuelos con la ignominia.

Yo viviria por el pueblo y para el pueblo; consagraria á su sacrosanta libertad mis mejores dias, y cuando llegara el postrero de mi existencia, preferiria una tumba de gloria en el campo de los valientes á los ricos sarcófagos de los reyes.

Estas son, querido amigo, continuó despues de un momento de silencio, estas son mis meditaciones. A ellas consagro todos los momentos de mi vida.

La otra noche ¡oh! tuve un sueño que no podrá borrarse nunca de la mente: un sueño que tendré grabado en el corazón, y del cual no despertaré sino en la tumba.

El jóven guardó silencio.

—Un sueño; dulce amigo, ¿quien cree en sueños? esas son fantasmas de una imaginacion exaltada, vanos delirios de la mente.

—Es cierto; pero que mata ó dá vida. Escucha el misterio de este letargo, que aun despierto tengo presente. Me creí encontrar en medio de una plaza inmensa, la cual estaba llena de numerosos grupos, masas informes reunidas para pedir alguna cosa.... Si, algo pedian.

En un lado se derramaba sangre. ¿Quien era la víctima? En la plaza habia nobles y pecheros. Los pecheros reian y gritaban con la alegría del tigre que destroza la presa.... La sangre era de los nobles.

Yo me siento llevar entre el pueblo, que me llamaba «Vencedor» y ceñía mis sienas de una esplendente corona.

Todos me abrian paso, los soldados ejecutaban mis órdenes, los nobles se ausentaban y los reyes me temian.

¿Qué ensueño tan feliz! Si fuese verdad.... pero no, amigo; huyó la realidad para no volver nunca, y solo queda eterna en mi idea los recuerdos de tan hermosa ilusion.

Huyeron los laureles, la corona reluciente, el pueblo aclamador, y solo quedó el pobre colegial de Brienne.

Con grande atención lo habia estado escuchando su compañero, y al concluir esclamó:

—Ese sueño es original. Quien sabe si algun dia se verá realizado. De las revoluciones nacen los genios; la Francia se encuentra en uno de esos terribles períodos, en que el pueblo ó el Rey ha de reinar, tu eres valiente, ahora vas á la guerra, ¡oh! quien sabe si algun dia....

Las diez sonaron, y era la terrible hora en que los dos amigos habian de separarse, el uno para la Corte, y el otro para el nuevo mundo.

Esta hora fué repetida por ambos jóvenes con

un acento de dolor; igual al que exhala una madre al dar el último á dios á su hijo.

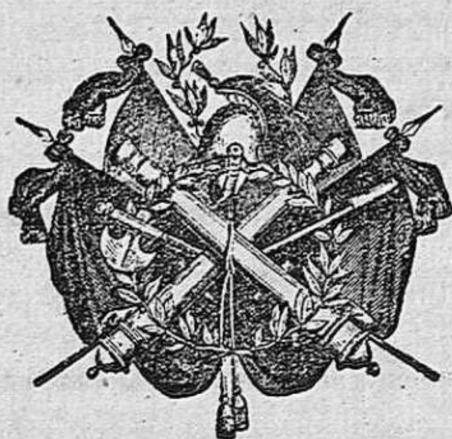
—Las diez, querido amigo.

—Las diez, compañero de la infancia.

—Tal vez no nos volveremos á ver, exclamó el militar.

(Se concluirá.)

EMILIO BRAVO.



## AL PENDON DE CASTILLA.

¿Qué importa ¡oh patria mia!  
que el cetro de dos mundos te arrancaran  
tus mismos hijos, y con saña impia  
tu seno maternal ¡ay! desgarraran?  
¡aun alientan bizarros corazones!  
¡aun bate el viento en muros denegridos  
del pueblo castellano los pendones!  
¡las triunfantes enseñas,  
que espanto fueran en sangrientas lides  
del alarbe traidor! Los adalides,  
que el poder de las lunas humillaron,  
y una patria y un nombre nos legaron,  
vieron flotar sobre su casco ardiente  
ese ilustre pendon, y victorioso  
en torres lo fijaron  
y en alcázares de oro resuljente.

¡Ah Colón! cuando el piélago profundo  
tus galeras surcaban,  
y á través de las ondas nuevo mundo  
tus miradas buscaban,  
tal vez sentiste en la callada noche  
desmayar tu esperanza,  
¡Quizá un suspiro se escapó á tu labio!  
pero ¡ah! que entonces resbaló en tu frente  
el augusto pendon!.. ¡tu la rodilla  
doblaste respetuoso!..  
¡brilló en tus ojos entusiasmo ardiente!  
y un mundo á conquistar para Castilla  
cruzó tu nave el piélago espumoso.

¿Quien humilló en Pavia  
las altivas banderas de la Francia,  
y quien venció en Lepanto  
del turco la arrogancia?  
¡ah, los pendones de la patria mia!

Del Imperio las águilas triunfantes  
depusieron su gloria  
ante los muros en que el pueblo Ibero  
fijó altivo el pendon de la victoria.  
Dó quiera el invasor ostentar quiso  
su falanje aguerrida, allí una mano  
el pendon de Castilla tremolaba!  
¡Glorioso allí ondeaba  
y el humo abrasador que le envolvía  
cual jenio triunfador de los combates  
le presentó al hispano!  
¡Triunfó el pendon y proclamó la fama  
en su trompa sonora  
á la Iberia de Europa vengadora!

E. de Cisneros y N.

## EPIGRAMA.

Estaba la bella Elvira  
á oscuras con un galan,  
y al sorprenderlos D. Juan  
esclamó lleno de ira:  
¿qué estais haciendo, malvados?  
¿os ibais á dar un beso?  
y dijo el galan: no es eso,  
jugábamos á los dados.

E. DE CISNEROS Y N.

## REMITIDO.

## CHARADA.

Mi primera es una yerba  
util y medicinal,  
mi segunda es una parte  
de la escala musical;  
mas si mi segunda unieres  
á mi primera verás  
ser muy propio en los podencos  
cuando estos cazando están:  
sirviendo mi todo á todos  
de abrigo y utilidad.

A. de G. el B.

Discurso inaugural leído en la apertura de la cátedra de música del Liceo artístico y literario, por D. Mariano Soriano Fuertes. Se halla de venta en la imprenta de este periódico á real y medio.